

Presentación

Dr. Carlos Del Vecchy Calcáneo*

Desde el origen, el proceso de civilización que ha acompañado al desarrollo científico, en sus diversas modalidades y disciplinas, ha sido tan complejo y vertiginoso como la evolución misma de la especie humana. Tan sólo la existencia del *homo sapiens*, nuestra especie, alcanza unos 250 mil años sobre la Tierra, lo cual se dice fácil pero visto en retrospectiva descubre un escenario que en las últimas décadas se antoja inconcebible, cercano a los relatos futuristas y de ciencia ficción que imaginaron algunos autores.

Gracias a la ciencia y sus aplicaciones destinadas a superar las condiciones de vida en todos los órdenes –lo que hoy se conoce bajo el nombre genérico de *tecnología*–, la civilización humana es cada vez más vasta y problemática. La exigencia, la complejidad inédita, el grado de dificultad en cada nuevo desafío, se multiplica en proporciones formidables y articula una espiral del conocimiento que no tiene fin.

Así, desde los siglos XIX y XX, con el desarrollo de las ciudades y las sociedades, la cultura y las artes, los descubrimientos científicos, a la par del orden, el cuestionamiento y la crítica constante del conocimiento, han transformado el paisaje y los recursos del mundo moderno. Año tras año, la ciencia y el conocimiento alcanzan fronteras que sólo unos meses antes resultarían insospechadas. Tal es el mundo contemporáneo.

La medicina ocupa un lugar central, por no decir definitivo, en esta aventura donde la inteligencia genera el conocimiento y lo aplica en beneficio de los seres humanos. Por mencionar un ejemplo, la esperanza o el promedio de vida se ha multiplicado de un modo espectacular: para el caso de México, en 1930 se situaba por debajo de los 34 años; en 1970, según cifras del Consejo

Nacional de Población (CONAPO), ascendió a 60.9 años; y para el 2004 había aumentado a 75.2 años. Las consecuencias de este salto cualitativo son, sin duda, enormes, y en cierto sentido, todavía incalculables.

Bajo esta luz, la medicina –y en nuestro caso particular la cirugía plástica– ha debido afrontar retos diversos durante las distintas etapas de su evolución. En los albores del tercer milenio que hoy vivimos, la naturaleza de sus retos se ha transformado –de acuerdo con la historia y tradición científica– y enfrenta desafíos completamente nuevos.

Uno de ellos nos ocupa en este número de la *Revista Cirugía Plástica*. El punto de partida es el trasplante facial aplicado a la francesa Isabelle Dinoire en noviembre de 2005 –luego de que su rostro fue desfigurado por el ataque de un perro y perdiera inclusive los labios. La intervención conmocionó, asombró al mundo entero: le trasplantaron la nariz, la boca y el mentón de una donante con muerte cerebral. Algunos meses después, luego de sortear algunas complicaciones, la paciente se alistaba a retomar su trabajo y vida cotidiana. De entonces a la fecha, en distintas partes del mundo, la cirugía plástica se ha planteado el desarrollo de los trasplantes faciales en lo que se anticipa como una nueva etapa de la especialidad.

Los cirujanos plásticos en México no podemos quedar al margen de esta nueva etapa, ni mucho menos aislarnos de sus interrogantes. Por lo mismo, esta edición se consagra a las novísimas técnicas del trasplante facial y sus complejas acepciones. La *Revista Cirugía Plástica* convoca a varios de nuestros más connotados especialistas para abordar el tema desde sus aspectos fundamentales: además de los médicos y quirúrgicos –que por sí mismos constituyen todo un horizonte de conocimientos en formación–, también las connotaciones legales, éticas y sociales contenidas en esta práctica naciente llamada a revolucionar, una vez más, las potencialidades de la medicina y la cirugía plástica.

* Jefe del Servicio de Cirugía Plástica. Hospital General de México.